

dentista, que tenía una fuerza
la extracción me quedó a per-

arino contó en el seminario la
la, admirando mi valor, en el
hachos me rodearon, pues to-
ela que el dentista me entregó
de los dedos del dentista y el
n.

que siempre que se presentaba
er saber que los caucanos éra-
a a los muchachos: Eso es para
los caucas.

El Seminario.

ama josefina, cuyo nombre des-
cuerdo, había hecho construir
or los lados de la estación del
edificio moderno, todo de ladrillo
cual ocupaba más de una man-
e construido con el objeto de
de ancianos, pero en el año
edificio resolvió regalarlo a los
el seminario menor. (1)

de 1881 nos pasámos al nuevo
brero, el rector y profesores del
mbre del mismo y mi hermano
s vacaciones continuábamos in-
no Enrique había regresado a

Davidis Alvarado de Mora. Los esposos Mora
hicieron construir el edificio de que se ha-
dres. Yo creo que el Seminario gozó sim-
poral, durante el tiempo en que tuvo alqui-
versidad de Santo Tomás. En todo caso, el
el Hospicio de Huérfanos de esta ciudad.

Inesperada llegada de mi padre.

En San José en la oficina de correos, se anun-
ciaban siempre los vapores que llegaban a Puerto
Limón y Puntarenas, con la lista de pasajeros que
traían.

Yo tenía la costumbre de ir al correo para saber
si había llegado algún vapor, pues con seguridad nos
llegaban cartas de Colombia. Fui al correo y había
llegado el vapor Colima, pero no vinieron las deseadas
cartas. Leí las listas de pasajeros y entre éstos venía
uno llamado Simón Sinesteno.

Nunca me figuré que ese pasajero fuera mi padre,
cuyo apellido habían equivocado. Me regresé al semi-
nario y al llegar tuve la grata sorpresa de saber que
mi padre acababa de salir en mi busca con mi her-
mano Jorge, pues había ido al nuevo local y no me
había encontrado. Volví a la población y afortuna-
damente en el antiguo local del seminario encontré
a mi padre que había resuelto esperar allí hasta que
yo llegara.

Mi padre quiso sorprendernos y por eso no nos
avisó de Puntarenas su llegada. Nos dijo que venía
a llevarnos a Colombia y que por casualidad se había
visto con nuestro hermano Enrique en Panamá, pues
él venía acompañando a la esposa y familia de tío
Carlos Patiño, que se había quedado en Costa Rica
como superintendente del F. C. de Puntarenas a San
José en construcción y que en ese entonces llegaba
a la población de Esparta.

Como mi padre tenía que permanecer en San José
algunos días y estábamos en vacaciones, el padre
Malezieux tuvo la fineza de invitar a mi padre a que
pasara esos días en el seminario con nosotros y así
lo hizo.